

El mundo clásico en la literatura española: de Guevara y Cervantes a Álvaro Cunqueiro¹

ELENA GONZÁLEZ QUINTAS
Universidade de Santiago de Compostela

La abundancia de temas horacianos en Álvaro Cunqueiro es una evidencia para todo aquel que se asoma a la obra del escritor mindoniense. Véase así, a modo de ejemplo y para que sirva de preámbulo, esta rigurosa formulación del *Carpe Diem* que Cunqueiro pone en boca del cómico Escaramuza en *O incerto señor don Hamlet*. El cómico quería aprovechar intensamente y sin dilación su encuentro fortuito con una atractiva dama, para la que elabora el siguiente parlamento:

[...] as rosas esfolan ó pouco de nacer. Un soldado ó menos morrerá nunha batalla que se dará mañán. Botas un lirio no río e vaise con ondas que nunca máis volves ver. E abondou.²

En la formulación cunqueirana existe, con respecto a la de Horacio, la misma apelación a la brevedad de la vida y a su implacable transitoriedad, justificando el aprovechamiento hedónico del momento presente:

[...]: sapias, vina liques, et spatio brevi
spem longam reseces. dum loquimur, fugerit invida
aetas: carpe diem, quam minimum credula postero (oda 11,I,6-9)³.

Es ésta la formulación por excelencia del tópico del *Carpe Diem*. Aparece asociada a uno de los temas que han sido considerados como constantes en la obra de Horacio: el del vino. Como promotor de la *Aurea Mediocritas*, Horacio defiende su consumo moderado. Tan sólo hallamos una excepción a esta regla: la Oda 36 del libro

¹ La base de este trabajo recibió el segundo premio en el *II Concurso Europeo "Caleidoscopio"*, organizado por la Universidad Aristotélica de Salónica con la colaboración de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

² A. Cunqueiro, *O incerto señor don Hamlet*, Vigo, Galaxia, 1998, 66.

³ Todas las citas de las odas de Horacio y sus traducciones (que proporcionamos a pie de página) corresponden a *Odas y Epodos*, edición bilingüe de Manuel Fernández-Galiano y de Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra, 1990. Se indicará en el texto el número de la oda o del epodo, el número del libro y el de los versos. En este caso la traducción de Fernández Galiano es: "...prudente / sé, filtra el vino y en nuestro breve vivir la esperanza / contén. Mientras hablo, el tiempo celoso habrá ya escapado: / goza del día y no jures que otro igual vendrá después".

primero⁴, escrita con motivo del banquete organizado para celebrar el regreso de un amigo.

En la obra de Horacio existen más formulaciones del *Carpe Diem*, actitud ante la vida que se erige en una constante en su pensamiento:

quid sit futurum cras fuge quaerere et
quem Fors dierum cumque dabit lucro
appone, nec dulcis amores
sperne puer neque tu choreas,
donec virenti canities abest
morosa [...] (oda 9,I,13-18)⁵.

sume, Maecenas, cyathos amici
sospitis centum et vigiles lucernas
perfer in lucem: procul omnis esto
clamor et ira.

[...]

neglegens ne qua populus laboret
parce privatus nimium cavere et
dona praesentis cape laetus horae ac
linque severa (oda 8,III,13-18)⁶.

Con todo, los elementos horacianos que más calan en la vida y en la obra de Álvaro Cunqueiro son los que hacen referencia a la conciliación de temas hedónico-epicúreos con temas estoicos. A pesar de ser referentes y estilos de vida en apariencia contrarios se dan de manera conjunta y armónica tanto en Horacio como en Álvaro Cunqueiro y, por supuesto, en Fray Antonio de Guevara y en el Cervantes erasmista, estos dos últimos con toda probabilidad cauces de entrada de las ideas horacianas en el escritor gallego, quien se confesaba devoto lector de ambos.

La conjugación de elementos epicúreos y estoicos en Horacio es muy clara, y así ha sido destacada:

Un tercer bloque temático que impregna, colorea, se entrelaza e ilumina todos los demás contenidos poéticos de las *Odas* es la inspiración filosófico-moral, mayormente epicúrea, pero con elementos traídos también del estoicismo. (Aunque, según viene siendo reconocido, los sistemas filosóficos postaristotélicos co-

⁴ “Cresa ne careat pulchra dies nota, / neu promptae modus amphorae, / neu morem in Salium sit requies pedum”(oda 36,I,10-12). [‘No falte en el bello día la señal / cresa; que el ánfora nadie / mida; al modo salio los pies no descansén’].

⁵ “No te preguntes más por el futuro / y apunta en tu haber, mozo, cada día / que te dé Fortuna y las danzas / y amores dulces aun no desprecies / mientras en tu vigor no haya morosas / canas...”.

⁶ “...Mecenas, / bebe cien cazos por tu amigo ileso / y velen hasta el alba las antorchas; / lejos quede de aquí todo alboroto, / toda iracundia. [...] No te atormentes más por el confiado / pueblo, sé ciudadano simple, toma / alegre el don de esta hora y los asuntos / serios olvida”.

inciden en muchos postulados y es difícil o imposible distinguir lo que es uno u otro)⁷.

Los estudios realizados acerca de las filosofías morales del epicureísmo y del estoicismo han puesto de relieve que ya en las posiciones intelectuales de los fundadores de las dos corrientes la aproximación era mayor de lo que a primera vista podía suponerse. La *apaceia* estoica, la inmovible impassibilidad del que se ha depurado ascéticamente de afectos, deseos y pasiones es lo que más se puede acercar a una situación de *ataraxia* o de satisfacción perenne al modo epicúreo: sólo, en efecto, el que ha llegado a desear poco puede dar constante satisfacción a lo que anhela. Esta conjunción epicúreo-estoica se percibe con claridad en Horacio:

Non ebur neque aureum
mea renidet in domo lacunar,
non trabes Hymettiae
premunt columnas ultima recisas
Africa, neque Attali
ignotus heres regiam occupavi,
nec Laconicas mihi
trahunt honestae purpuras clientae:
at fides et ingeni
benigna vena est, pauperemque dives
me petit: nihil supra
deos lacesso nec potentem amicum
largiora flagito,
satis beatus unicus Sabinis (oda 18,II,1-14)⁸.

Es una actitud clara también en Fray Antonio de Guevara y en Cervantes, sobre todo en ese personaje nacido de su pluma y tenido como modelo de erasmismo, que es el Caballero del Verde Gabán, compañero de debate del *ingenioso hidalgo* Don Quijote de la Mancha.

Vamos a proceder de una manera ordenada en el análisis de los factores que aquí hemos apuntado, haciendo referencia, en un primer apartado, a Fray Antonio de Guevara y Álvaro Cunqueiro y, en segundo lugar, a Cervantes. En el primer apartado, incluimos un estudio del tratamiento del mito de Orestes en *El hombre que se parecía a Orestes* de Álvaro Cunqueiro, tema a nuestro modo de ver decisivo en su trayectoria y de atención obligada en un trabajo que se dedique a la influencia del mundo clásico en su obra.

⁷ Horacio, *Op. cit.*, prólogo a la ed. de Vicente Cristóbal, 22. Cita con respecto al epicureísmo la obra de E. Castorina, *La poesia di Orazio*, Roma, 1965, 81-107.

⁸ "Ni el marfil resplandece / ni áureos artesones en mi casa; / columnas africanas / arquitrabes himetios no sostienen / ni Átalo de sus salas / me ha hecho heredero por que en ellas viva / ni en púrpura lacónica / tejen nobles clientes para mí. / Pero tengo lealtad / y un ingenio fecundo y, siendo pobre, / me llama el rico y nada / pido a los dioses ni a mi poderoso / amigo, que bastante / dicha me otorga mi sabino predio".

I. FRAY ANTONIO DE GUEVARA Y ÁLVARO CUNQUEIRO

El estoicismo epicúreo de Cunqueiro, que predica la abstención y la continencia (la ascesis) como medio para alcanzar una más elevada y profunda dimensión del goce, puede ser, fundamentalmente, de procedencia guevariana y por lo tanto, en línea indirecta, horaciana, pues entre Horacio y Fray Antonio de Guevara es universalmente reconocida una conexión temática profunda. El influjo del *Obispo de Mondoñedo*, reiterada y entusiastamente admitido por el propio Cunqueiro, ha sido ya subrayada:

Ó noso entender, o influxo é sobre todo vital-conceptual ou de orde propiamente temática. O Cunqueiro retirado, (retornante) á aldea, a Mondoñedo, desde o trafeo atafegante da corte, atopa en Frei Antonio de Guevara, xunto con un indubidable paralelismo biográfico, unha clara consonancia espiritual que, sobre servirlle tamén de consolo, contribúe a darlle asentamento conceptual e vital: hai todo un profundo contaxio de actitudes existenciais que Cunqueiro adopta e doadamente asume, pasando, como consecuencia, a inspira-las súas creacións literarias⁹.

Partimos, por tanto, de un compartido afán de retiro que lleva al espíritu a alejarse de los vanos placeres y a buscar un ámbito en el que poder rehacer sus principios, tras la corrupción y el engaño de la disipada vida anterior. Volvamos a Horacio:

damnosa quid non imminuit dies?
 aetas parentum peior avis tulit
 nos nequiores, mox daturos
 progeniem vitiosorem (6,III,45-48)¹⁰.
 quis non Latino sanguine pinguior
 campus sepulcris impia proelia
 testatur auditumque Medis
 Hesperiae sonitum ruinae?
 qui gurges aut quae flumina lugubris
 ignara belli? quod mare Dauniae
 non decoloravere caedes?
 quae caret ora cruore nostro? (1,II,29-36)¹¹.

Una tajante denuncia de la situación por la que atraviesa Roma, sumida en guerras civiles que dieron comienzo bajo el consulado de Metelo, ocasiona el repudio horaciano al tiempo presente y la convicción de que las generaciones, a medida que se suceden, contribuyen a empeorar la situación de abatimiento en que se encuentran.

⁹ Anxo González Fernández, *Hamlet e a Realidade Cunqueirana*, Santiago, Centro de Investigacións Lingüísticas e Literarias Ramón Piñeiro, 1997, 132.

¹⁰ "... ¿Por qué no cambian / estos penosos tiempos? Los paternos, / peores ya que los de nuestro abuelo, / malos nos parieron y autores / de descendientes aún más viciosos".

¹¹ "¿En qué campo abonado por la sangre / latina y lleno de sepulcros faltan / huellas de querellas impías / y ecos, que escuchan también los Medos, / de la ruina de Hesperia? ¿Qué vorágines, qué ríos no conocen los combates? / ¿Qué mar no tiñó la matanza / daunia? ¿Hay orillas sin sangre nuestra?".

Horacio rechaza la posibilidad de volver a Roma y defiende el retorno a la *Edad de Oro*¹²:

vos quibus est virtus, muliebrem tollite luctum,
Etrusca praeter et volate litora.
nos manet Oceanus circumvagus: arva, beata
petabamus arva, divites et insulas,
reddit ubi Cererem tellus inarata quotannis
et imputata floret usque vinea,
germinat et numquam fallentis termes olivae,
suamque pulla ficus ornat arborem,
mella cava manant ex ilice, montibus altis
levis crepante lymphæ desilit pede.
illic iniussae veniunt ad mulctra capellae,
refertque tenta grex amicus ubera (epodo 16,39-50)¹³.

La bucólica griega precede a la romana e influye en ella. Propone un mundo en el que es posible el ocio y en el que el ser humano puede vivir alegre. Se combina el paisaje con el bienestar. No es tan sólo una utopía literaria sino una censura y la adopción de una postura moral frente a una realidad hostil. Esto está muy presente en Horacio: significa la nostalgia de un intelectual que añora la inocencia de lo primitivo. Moralista y pacifista, va a recurrir a una tradición literaria de marco fundamentalmente rural y que vamos a encontrar plasmado en la bucólica: el *locus amoenus*.

Se ha definido esta postura horaciana con la etiqueta de *antiquismo*, denominación ya aplicada al caso de A. de Guevara y presente también en Álvaro Cunqueiro que emplea el adjetivo *antiguo* cada vez que quiere realzar o magnificar una realidad¹⁴. Esto resulta a su vez consecuente con todas las grandes teorías del retorno, que conciben el pasado como elemento integrador del futuro. En la obra de Guevara se reiteran las alabanzas hacia lo *antiguo*:

Fue preguntado lo primero: ¿Qué cosa es Dios?; respondió Thales: “Dios es la cosa más antigua de todas las antigüedades, porque a Dios ni los pasados le vieron principio, ni los futuros le verán fin”¹⁵.

¹² Gustavo Agrait, en *El Beatus Ille en la poesía lírica del siglo de Oro*, México, Universidad de Puerto Rico, 1971, 42, sostiene que el ansia de retorno a la Edad de Oro fue algo común en la literatura griega y latina: “La reminiscencia de los Siglos de Saturno o Edad de Oro ofrece siempre fácil vía de escape a los que, descontentos con su presente, encuentran todo tiempo pasado mejor. En la literatura latina al igual que en la griega, suena de vez en cuando esa nota nostálgica por los áureos siglos míticos perdidos para siempre”.

¹³ “Mas vosotros, las almas viriles, dejaos de llantos femeninos / y volad allende las etruscas costas. / Tras ellas espera el océano que todo lo abraza: busquemos / las campiñas fértiles, las dichosas islas / en que las tierras no aradas producen a Ceres cada año, / florece la viña sin que se la pode, / germinan las ramas de olivo jamás engañoso, los higos / morenos adornan un árbol que es suyo, / mana miel de la cóncava encina y sonora la rápida linfa / desde el alto monte se despeña. Allí / no llevadas por nadie al ordeño las cabras acuden y viene / de grado la oveja con retesas ubres”.

¹⁴ Como ha señalado ya Anxo Tarrío en *Álvaro Cunqueiro ou os disfraces da melancolía*, Vigo, Galaxia, 1998, 106.

¹⁵ Fray Antonio de Guevara, *Relox de principes*, estudio y edición de Emilio Blanco, Conferencia de Ministros Provinciales de España, ABL editor, 1994, 278.

Por otra parte, el sabio que en el discurso del *villano del Danubio* se dirige a Alejandro Magno hablando de las *siete grandes leyes* que organizan el gobierno de su pueblo, afirma que lo antiguo, en las leyes y costumbres, ha de prevalecer sobre lo nuevo:

Ordenamos a nuestros hijos no hagan más leyes de las que nosotros sus padres les dexamos, porque las leyes nuevas hacen olvidar las buenas costumbres antiguas¹⁶.

A. González, a quien antes citábamos, pone de manifiesto que este *antiquismo* conduce al deseo edenista de buscar la perdida *Edad de Oro*. El ideal de retorno, que pone pasado en el futuro, es constantemente acariciado por Cunqueiro y reviste a su vez carácter fundamental en la ética guevariana y en Horacio:

En aquella primera edad y en aquel Siglo de Oro todos vivían en paz, cada uno curava sus tierras, cogía sus frutos [...] Como no comían sino del sudor propio, vivían sin perjuzio ageno¹⁷.

Esta contraposición *mundo antiguo-mundo moderno* es el eje vertebrador de *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*, la más representativa y comentada de las obras de Guevara. Lo antiguo es *aldea* y lo moderno es *corte*, axiológicamente muy alejada ya de lo natural y espontáneo:

Es privilegio de la aldea que los días se gocen más [...] ¡Oh, cuán apacible es la morada de la aldea, a do el sol es más prolijo, la mañana más temprana, la tarde más perezosa, la noche más quieta...!¹⁸

El edén de Cunqueiro es su Mondoñedo natal, un lugar que sólo es capaz de observar con los ojos de la infancia, *unha infancia moi feliz y dunha riqueza excepcional*, como él mismo manifiesta:

las estrechas calles, la ancha plaza, la casa [...] He comido el pan amasado en la vieja artes de álamo, he metido el diente a una fría manzana de la huerta, me he dormido respirando un aire perfumado, unas veces manzana, otras membrillo. Y me ha despertado dos veces el enorme silencio [...] De desayuno, leche acabada de ordeñar. Viene mi primo Moirón de Riotorto y me trae castañas. Me asomo al balcón y veo pasar caras conocidas [...] Huele a laurel quemado, que ahuman chorizos en una casa vecina. Llamen a la puerta, y adivino quien es, por el toque de martillo [...] ¡Qué grande, rico y hermoso es el mundo!¹⁹

Incluso, cuando quiere contraponer su “yo” soñador a su “yo” preso en la tangibilidad de la *res*, recuerda invariablemente su ser infantil en la naturaleza: “Ese alguien de meu que nunca volve / á auga da infancia [...]”²⁰.

Ya Horacio poseía su edén particular en sus *campos de Sabina*:

¹⁶ F. A. de Guevara, (*Relox...*), *op. cit.*, 272.

¹⁷ F. A. de Guevara, (*Relox...*), *op. cit.*, 256.

¹⁸ Fray Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, ed. de Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 1984, 171.

¹⁹ A. Cunqueiro, *Viajes imaginarios y reales*, Barcelona, Tusquets, 1994, 67.

²⁰ A. Cunqueiro, *Herba aquí e acolá en Obras Completas*, Vigo, Galaxia, 1982, 181.

me petit: nihil supra
 deos lacesso nec potentem amicum
 largiora flagito,
 satis beatus unicus Sabinis (18,II,11-14)²¹.

quodsi dolentem nec Phrygius lapis
 nec purpurarum sidere clarior
 delenit usus nec Falerna
 vitis Achaemeniumque costum,
 cur invidendis postibus et novo
 sublime ritu moliar atrium?
 cur valle permutem Sabina
 divitias operosiores? (1,III,41-48)²².

purae rivus aquae silvae iugerum
 paucorum et segetis certa fides meae
 fulgentem imperio fertilis Africae
 fallit sorte beator (16,III,29-32)²³.

El estoicismo conduce a que el hombre se libere del exceso de riquezas y, consecuentemente, de las preocupaciones a que está obligado por poseerlas. Estas actitudes implican un gran giro existencial. En Horacio suponen la defensa de la vida en Sabina, alejado de lo superfluo y excesivo y practicando el ideal de la *aurea mediocritas*. El paso de la *corte* (mayoría de edad corrupta, ambiciosa y lasciva) a la *aldea* (a la vida natural, conforme con la *razón* estoica y no con la *opinión*) en Guevara y el *retorno* a la infancia cunqueirana (una vez vencida la pasión y estoicamente extirpada) pasa por el ineludible ejercicio de la ascesis. La vuelta física y material ha de ir acompañada del retorno afectivo y sentimental:

Si las afecciones y las pasiones que cobró el cortesano en la corte lleva consigo a su casa, más le valiera nunca retraerse a ella, porque en la soledad son los vicios más poderosos y los hombres más flacos [...] Ante todas las cosas conviene al que sale de la corte dejar en ella las parcialidades que siguió y las pasiones que cobró²⁴.

La dura ascesis, si se radicaliza, puede llevar a convertir nuestra vida en un continuo enfrentamiento y hacer de la existencia una *militia* en sentido radicalmente estoico. Es el enfrentamiento de la razón contra la pasión: “En vencer o no vencer la sensualidad a la razón consiste nuestra perdición o nuestra salvación”²⁵.

²¹ “me llama el rico y nada / pido a los dioses ni a mi poderoso / amigo, que bastante / dicha me otorga mi sabino predio.”

²² “Mas, si mis males ni la piedra frigia / alivia ni las púrpuras que brillan / más que el sol ni la vid falerna / ni el aquemenio costo, ¿por qué / debo alzar más las jambas envidiadas / de mi portal cediendo al nuevo estilo / o cambiar mi valle sabino / por las riquezas que el alma inquieten?”

²³ “Agua pura, un bosque de pocas yugadas / y la confianza ciega en mi cosecha: / quien la fértil África rija no comprende / que esto a la suya aventaja.”

²⁴ F.A. de Guevara, (*Menosprecio de ...*), *op. cit.*, 151.

²⁵ F. Antonio de Guevara, *Libro primero de las Epistolas Familiares*, I, ed. de José María de Cossío, Madrid, RAE, 1950, 298-299.

Leamos a Horacio:

quanto quisque sibi plura negaverit,
 ab dis plura feret: nil cupientium
 nudus castra peto et transfuga divitum
 partis linquere gestio,
 contemptae dominus splendidior rei
 quam si quidquid arat impiger Apulus
 occultare meis dicerer horreis,
 magnas inter opes inops (16,III,21-28)²⁶.

En todo caso, lo cierto es que de ese combate mortificante, la parte más noble de nosotros mismos ha de salir liberada de la otra parte que también somos nosotros. La libertad auténtica está por encima de la vida, y aunque la muerte tenga que ser el precio por la libertad, es una opción por la que Guevara se pronuncia a menudo. Así, por ejemplo, en el famoso discurso del *villano del Danubio*:

Nos hemos juramentado [...] de matar a nuestros propios hijos [...], porque más queremos que mueran con libertad que no que vivan en servidumbre²⁷.

La propia muerte puede ser incluso el tributo a favor de la libertad interna:

Ordenamos que ninguna mujer viva más de quarenta años y el hombre viva hasta cincuenta, y, si entonces no fueren muertos, sean a los dioses sacrificados; porque gran ocasión es a los hombres para ser viciosos pensar que han de vivir muchos años²⁸.

En este sentido, hasta la enfermedad es de un indudable efecto benefactor: contribuye a debilitar el componente pasional humano, en beneficio así de la libertad de espíritu:

Cum infirmor, tunc fortior sum, decía el Apóstol [...] y esto, porque al enfermo ni le hincha soberbia, ni le combate lujuria, ni le derrueca avaricia, ni le altera ira, ni le sojuzga gula [...] ²⁹

Esta radicalización ascética, con el enfrentamiento a muerte entre la pasión y la razón, nos es presentada y criticada por Cunqueiro en *O incerto señor don Hamlet*. El príncipe en la obra de Cunqueiro representaría la absurda y destructiva situación a la que conduce una ascesis sobrehumana, radicalmente estoica, apartada de toda pretensión hedónica y, por lo demás, inexistente e irrealizable en quien, como al príncipe, le fue arrebatada la reconfortante perspectiva de la infancia cunqueirana:

²⁶ “A quien más renuncie, más darán los dioses; / desnudo a los reales me acojo de quienes / no aspiran a nada y allá acudo tráfuga / de la facción de los ricos, / amo más dichoso de un bien desdichado / que si se dijera que escondo en mis hórreos, indigente en medio de grandes riquezas, / cuanto ara el Ápulo activo”.

²⁷ F.A. de Guevara, (*Relox...*), *op. cit.*, 709.

²⁸ F.A. de Guevara, (*Relox...*), *op. cit.*, 273.

²⁹ F. Antonio de Guevara, (*Epistolas...*), *op. cit.*, 163.

o príncipe é o home a quen a infancia lle foi inicüamente arrebatada, e a quen a condición de adulto lle resulta (éticamente) prohibida. Está, pois, e sen remedio, abocado á desaparición. Don Hamlet non ten sitio, carece de existencial acollo: non pode voltar ó berce reconfortador da infancia, que torne a realidade vivible³⁰.

La posición existencial de *O incerto señor don Hamlet* no es la del propio Cunqueiro ni, desde luego, la de Horacio. En él la práctica estoica produce bienestar, sensaciones que lindan, por sus características, con una conciliación estoico-epicúrea: sólo depurándose de las grandes ambiciones cortesanas y prescindiendo del desenfreno, se conquista el placer natural de la vida en su sentido elemental y ordinario. Esto es lo que está presente en la aldea guevariana, lejos de las ambiciones cortesanas, y lo que, en definitiva, arranca de Horacio y su estoicismo epicúreo.

II. EL MITO DE ORESTES EN ÁLVARO CUNQUEIRO

De interés primordial es el análisis de la versión del *Orestes* de Esquilo que escribió Álvaro Cunqueiro en su obra *Un hombre que se parecía a Orestes*. En varias ocasiones se acercó a su estudio el profesor Manuel de Rabanal Álvarez, que define el Orestes de Álvaro Cunqueiro como el “vengador incapaz de vengar, una espada que amenaza, y no descarga su golpe por propio desistimiento, por cansancio de tanta y tan larga, velada espera”³¹.

Tres son las principales causas que el profesor Manuel Rabanal apunta para la no consumación del proyecto vital de Orestes en la obra de Álvaro Cunqueiro:

—El anacronismo: una absoluta intemporalidad que se extiende al lugar y a los datos eruditos o científicos citados en la novela.

—El humorismo, lógicamente derivado del anacronismo al que acabamos de referirnos.

—La consciente supresión de la *agnórisis*, elemento indispensable en la tragedia. Nuestro héroe es incapaz de reconocer y ser reconocido, lo que causa la lógica frustración de la venganza: “ente irreconocido e irreconocible, fantasma añoso con el que pueden confundirse individuos del más diverso pelaje. Y aquí, la rica galería de los hombres que se parecían a Orestes”³².

Sin contradecir en absoluto las tesis del profesor Rabanal de que no hay venganza o no hay tragedia en la obra de Cunqueiro debido a la ausencia de la *agnórisis*, es preciso ir más allá y preguntarnos por qué se pretende la ausencia de la venganza, qué es lo que la proscribía dentro del mundo de Álvaro Cunqueiro. Dos son, a nuestro modo de ver, las posibles respuestas:

³⁰ A. González, *op. cit.*, 250.

³¹ Manuel de Rabanal, “El tan trágico Orestes de la Antigua Orestia, visto por un gallego de gran categoría: don Álvaro Cunqueiro, novela y poesía”, en *El teatro de Esquilo, visto desde Galicia y León*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 1984, 75.

³² Manuel de Rabanal, *op. cit.*, 80.

—En primer lugar, el absurdo de tener la vida orientada a la realización de una venganza, como sucede en la tragedia clásica. Esto supone estar fatídicamente determinado a un objetivo concreto, sin posibilidad de libertad. El fatal destino se sobrepone y anula la capacidad de decisión. Esto, que es un ingrediente fundamental en la tragedia clásica, no es compartido en absoluto por Álvaro Cunqueiro para quien, como veremos, la vida tiene mil posibles trayectorias diferentes: “¡Hay muchas vidas, querido amigo!”³³, se le insiste a su Orestes. Del mismo modo, la personalidad tiene también mil caras: “¿cuántos homes son precisos para facer, coa luz, un soio home verdadeiro?”, se pregunta en el prólogo de *O incerto señor don Hamlet*.

—En segundo lugar, existe otra cuestión sobre la que el propio Álvaro Cunqueiro se expresa cuando le concedieron a su novela el premio Nadal, en 1968. Declara que lo que pretende demostrar es la *inutilidad de la venganza*, pues la propia vida, con sus sinsabores y con la realidad del envejecimiento y la muerte, se encarga de vengar sobradamente todas las crueldades del hombre. Dando un paso más, no parece que sea lícito al hombre, desde una perspectiva moral, la realización de una venganza. En este aspecto es posible que sobre Álvaro Cunqueiro influya Shakespeare, un autor al que reiteradamente declara venerar.

Detengámonos un poco más en ambas conclusiones. En la reconquista de la libertad, más allá de la determinación fatalista de la tragedia clásica, lo que hace Cunqueiro es sacar a Orestes del marco estricto de la obra clásica por medio de un procedimiento muy pirandelliano. El recurso es sencillo y así se lo dice Eumón al rey Egisto cuando lo quiere convidar a hacer lo mismo y olvidar su trágico destino:

Fíjate en que todo está escrito. Todo lo que está escrito en un libro, eso va pasando, vive al mismo tiempo. Estás leyendo que Eumón sale de Tracia una mañana de lluvia, y lo ves cabalgar por aquel camino que va entre tojales, y pasas de repente veinte hojas, y ya está Eumón en una nave, y otras veinte, y Eumón pasea por Constantinopla con un quitasol, y otras cincuenta, y Eumón, anciano, en su lecho de muerte, se despide de sus perros favoritos, al tiempo que vuelve a la página primera, recordando la dulce lluvia de su primer viaje. Pues bien, *Orestes se sale de la página*. Orestes está impaciente. No quiere estar en la página ciento cincuenta esperando a que llegue la hora de la venganza. Se va a adelantar. No quiere perder sus años de mocedad a la espera de la hora propicia. Está cansado de esperar a Electra. No quiere estar atado de por vida al vaticinio fatal. Quiere vivir la vida de la tierra y de los mares, estar enamorado de una princesa de una isla, tiene navés y caballos, recibe cartas de emperadores [...] le gusta escuchar música o jugar al polo o a las cartas³⁴.

Sacar al personaje de la página, no para buscar precisamente autor como en el caso de Pirandello en *Seis personajes en busca de autor*, sino para ser él mismo el autor de su propia vida, es realmente hacer que salte a platea, separándose del personaje clásico, como el actor que abandona un papel (una máscara, una *persona*). También Eumón se lo recomienda a Egisto:

³³ A. Cunqueiro, *Un hombre que se parecía a Orestes*, Barcelona, Destino, 1968, 157.

³⁴ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 98.

—¡Tu valor no se discute, amigo! —afirmó Eumón abrazándolo—. Ya verás cómo si profundizas en el asunto, terminas saliendo del escenario para platea, ves el argumento con nuevos ojos y acabas separando de ti el Egisto regida!³⁵

Esto es exactamente lo que Cunqueiro hace con su Orestes; lo saca del rígido molde de la tragedia e, inmediatamente, el personaje pierde perfil definido a favor de la indeterminación y, en definitiva, de la libertad:

¿Viviría Orestes? Eusebio tenía archivadas noticias y noticias acerca del infante. Su hermana aseguraba que había sido un niño tímido y callado, que hacía castillos con tacos de colores, y pasaba las horas absorto, con las manos a la espalda, ante la corona paterna. Su madre lo tenía por travieso incorregible, inquieto desobediente, siempre soñando aventuras lejanas y pintando barcos en las paredes. Constantemente los testimonios se contradecían, desde el de la nodriza al del maestro de primeras letras. Unos lo daban por juguetero y alegre, por doncel franco y generoso, y otros lo ponían de hipócrita y avaro, amigo sólo de aduladores. Cuando se fue, llegaban las nuevas más dispares de parte de los agentes secretos: que se hiciera caballero andante, que no salía de los prostíbulos, que iba al templo siete veces al día, que no dormía por jugar a dados, que regalaba monedas de oro en los hipódromos, que estaba preso por deudas, que lo querían casar con una princesa de Siria, que era marica probado, que juraba vivir de pan y agua hasta la venganza, que se emborrachaba para olvidar... ¿Quién casaría todo esto?³⁶

Fuera de la línea fatalista de la tragedia, el personaje, vuelto a la realidad (o a la ficción como después veremos), cobra mil caras a través de las cuales se podrían construir personajes muy distintos, juntando los rasgos que lo hacen perverso o, por el contrario, aquellos que lo convierten en un auténtico noble:

Eusebio pensaba que si él hubiese tenido gusto por la carrera política, le habría dado a Egisto las noticias de perversidad y desgracia de Orestes, y a Ifigenia las de la espléndida nobleza y grave actitud de su hermano, ejemplo de príncipes exiliados³⁷.

La indeterminación, connatural a la vida, abre la posibilidad del relativismo y la lectura subjetiva de la realidad.

Es significativo también, en relación con la posición cunqueirana de defensa de un ideal epicúreo sano, a la que nos hemos referido antes, que Orestes sea liberado del fatal destino vengador y que se deje paso, así, al disfrute de los pequeños placeres de la vida ordinaria:

³⁵ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 102.

³⁶ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 69.

³⁷ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 69

Orestes no tenía amigos. Le gustaría mucho tener amigos. Supongamos que no tiene que vengarse, y está en su ciudad natal. Pasea saludando a las gentes, como invitado, baila en las fiestas, discute con el que le cose el cinturón o le hiebra el caballo, un cazador le trae plumas de águila o de faisán para su montera, la madre de su amigo más íntimo borda sus iniciales en una camisa nueva. Tiene amigos a los que coger del brazo y hacerles confidencias. Tiene amigos que le dicen que son sus amigos, y chocan los vasos de vino y beben los dos demoradamente, y cuando posan los vasos en la mesa se sonríen. Siempre hay en las ventanas gentes sonrientes que le dicen adiós, lo invitan a la vendimia, o han matado el puerco y quieren que pruebe el lomo, o pasa un pastor con su rebaño, y al verlo, busca el mejor cordero lechal y se lo tira por el aire, y Orestes lo recibe en los brazos y le da las gracias. Pero nada de esto será posible si él se venga, si cumple la venganza³⁸.

Este hedonismo, de corte suavemente epicúreo, será sin duda uno de los motivos que han de intervenir en la decisión del Orestes cunqueirano de salirse del cauce cerrado del argumento clásico, recuperando espontaneidad y libertad. Es ilustrativa la respuesta del viejo piloto al héroe en relación con la oportunidad de atenerse o no a su destino:

—¿Qué harías tú en mi lugar?— pregunta otra vez Orestes.

El viejo se levanta y se sienta a la puerta de la casa, en el cepo de partir leña. Se rasca la calva cabeza.

—¡Vaya, yo en el momento haría cualquier cosa, cortarle los testículos al querido de mi madre! Pero, pasados esos años que dices, y vistas las cosas con la frialdad que regala la distancia, y viendo que esa obsesión me estropea la puta vida, lo dejaría. ¡Claro que lo dejaría! Me haría otra vida por ahí, una vida de verdad, con oficio, con obligaciones, bien casado, la ropa siempre planchada, hijos...³⁹

El valor existencial y la capacidad hedónica de la vida normal y ordinaria no podrían quedar mejor expresados. También el tirano de una de las ciudades a las que llega Orestes le expresa una opinión similar, añadiendo, además, el más claro de los comentarios contrarios al determinismo estoico que aparecen en la novela:

—Por eso —le dijo a Orestes— te pido que lo dejes por algún tiempo. Quédate aquí domando caballos. Tengo hijas y sobrinas en edad de casar. Puedes elegir a la que más te guste. Si te asomas esta noche a la ventana de la cámara que he ordenado disponer para ti, las verás en el patio jugando al diávolo. ¡Hay muchas vidas, querido amigo!⁴⁰

Y en efecto, demorando una y otra vez (como el Hamlet de Shakespeare) su venganza, tiene Orestes ocasiones de ir constatando fehacientemente que la vida libre y espontánea, la vida ordinaria, más allá de los grandiosos escenarios y de los brillantes argumentos, merece la pena:

³⁸ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 143-144.

³⁹ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 144.

⁴⁰ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 157.

La mujer le lavaba las camisas, y un criado le herraba el caballo, que Orestes advertía que desde allí partía para un largo viaje. Los aldeanos ricos, viéndolo tan cortés, lo convidaban a cenar en sus casas, y el posadero le llenaba la bota para el camino. Le iban bien aquellos vinos ásperos de la meseta. Siempre había una muchacha para decirle adiós. ¡Hay muchas vidas!⁴¹

La vida, descargada del peso del destino y de su ineludible empresa, se convierte en una atractiva aventura. La vida, más que el destino, es el viaje en sí. Éste cobra sustantividad propia y sentido en sí mismo:

El marinero, apoyado en el remo, miraba a Orestes a los ojos.

—Mientras viajes, no serás un hombre viejo. Pero el día en que decidas descansar, aunque sea mañana, lo serás⁴².

Es por otra parte un hecho fundamental en la novela que, una vez que Orestes se sale de la página y de su papel, volviendo a los derroteros de la vida espontánea y natural, su personalidad se difumina hasta el punto de pasar a parecerse a muchos otros con los que, con frecuencia, le confunden las gentes y de los que desconfían los delegados de Egisto, que vive temeroso a la espera del hijo vengador de Agamenón:

Sería un falso Orestes, como los otros. Hubo varios. Aquel que le murió el caballo a la puerta del mesón de la Luna. Era muy mozo. En el tormento dijo llamarse Andrés y estar huido de su madrastra, que lo requería de amores en los plenilunios. [...] Dos años después, aquel otro, el de la mancha en el hombro izquierdo en forma de león. [...] Hubo otro, vendedor de alfombras, que quedó por loco en perpetua con grillos, y otro que quiso escapar y acabaron con él los alanos del rey cuando ya estaba en el postigo del patio. Y al cabo de los años, este aviso. "Serpiente anillando un ciervo en la ciudad." ¿Todavía Orestes? Pero, ¿lo habría habido alguna vez aquel Orestes?⁴³

El hecho de que Orestes se salga del determinismo de la tragedia y tome nuevas vías hace que los otros personajes, en la medida en que son vividos por el protagonista, asuman también un nuevo carácter desde otra dimensión vital. Egisto y Clitemnestra, por ejemplo, dada la demora de Orestes, se convierten en dos ancianos achacosos al borde de la muerte. Una venganza, teniéndolos a ellos como objeto, carecería de sentido:

...Clitemnestra. Vieja, arrugadita, encorvada, fue perdiendo el sueño, y pasaba las noches en vela, a la escucha por si se oían espuelas en los pasillos. Ella se metía en la cama, a lo largo, pero Egisto se acostaba atravesado, vestido, con la corona sujeta a la cabeza con un cordón, y abrazado a los pies de Clitemnestra⁴⁴.

El hecho más significativo a este respecto es que a Egisto, para liberarlo del miedo a la venganza de Orestes, se le convence de que fue a éste al que mató, disfra-

⁴¹ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 159.

⁴² A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 161.

⁴³ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 22-23.

⁴⁴ A. Cunqueiro, (*Un Hombre...*), *op. cit.*, 215.

zado, y no a Agamenón. Se le libera así también del determinismo de la tragedia y se hace posible que recupere el sueño y la esperanza:

El muerto puede ser Orestes, o no serlo. Lo que importa es que tú tengas la seguridad, o la esperanza, de que lo haya sido. Unos días estarás cierto de ello, y otros no. Pero con las dudas, tu vida será diferente. Un hombre que duda es un hombre libre, y el dudoso llega a ser poético soñador, por la necesidad espiritual de certezas, querido colega. La filosofía no consiste en saber si son más reales las manzanas de ese labriego o las que yo sueño, sino en saber cuál de las dos tiene más dulce aroma. Pero esto es arte mayor. Bástete saber que tu vida será diferente con las dudas, como te decía, y que si es lo mismo morir de Orestes que de una fiebre sabatina, a la fiebre no la tienes por visita irremediable⁴⁵.

Esto es lo que Cunqueiro en definitiva pretende: liberar a los personajes de su certeza acerca de lo inevitable y hacer así posible, con la libertad interior, la alegría de una forma de vivir llena de aventuras, que permita siempre soñar un futuro. El personaje de Ifigenia, hermana de Orestes, reviste una complejidad especial por ser quizá la única que se mantiene fiel a la tragedia. Está a la espera de su hermano, el vengador, a quien ha de enseñar el camino para ir directo al lugar en que se encuentra Egisto. Esta fidelidad a su destino en la obra inmortal la hace inmortal también a ella, perennemente joven, como tal hermana menor:

nuestra doña Ifigenia, no teniendo más que un solo sueño, y viviendo y durmiendo con él, viéndolo en los espejos y reconociendo señales tuyas en todas las cosas que pasan, desde la lluvia hasta la risa de un niño, o la carrera de un gato por un pasillo, se conservará en su sueño como una muchacha, porque ella sabe que ésta su condición juvenil es necesaria para la venganza. Tanto como la espada del infante vengador.

—Según tú, señor Eusebio, Ifigenia sueña con la venganza...

—En caso contrario, ¿cómo se conservaría moza?⁴⁶

Pero, con todo, la Ifigenia fiel a su destino en la tragedia y eternamente joven lamentará no poder correr la suerte de las demás jóvenes en la aventura de la vida:

¿He de ser yo quien dé la bienvenida a la nueva luz y la introduzca en mi alcoba? ¿Y si no fuese mi hermano? ¡Que esas equivocaciones se dan en las grandes tragedias! ¡Bien mejor sería que anduviese en amores, tortolilla que se esconde en el surco, a la sombra de las amapolas! ¡Ay, quién se llevará mi virgo! ¡Ay, si pudiera huir a donde no hayan oído nunca el ruido que hace una espada al chocar contra un escudo!⁴⁷

Es preciso destacar, por último, que aunque Cunqueiro hace entrar a los personajes de la tragedia en una nueva trayectoria existencial, haciéndoles vivir el placer de la libertad y las pequeñas grandes compensaciones de la vida ordinaria, sigue teniendo en mente la realidad de la tragedia, por paradigmática, por más real e inamovible y por más grandiosa en el brillo dramático de sus acontecimientos y en el perfil de sus

⁴⁵ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 101-102.

⁴⁶ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 37-38.

⁴⁷ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 56.

héroes. Así, protesta Egisto cuando se le pretende convencer de que a quien ha matado es al hijo y no al padre, héroe de Troya, aun a sabiendas de que eso lo liberará de la venganza oréstica:

¡Es que si no fuese Agamenón el muerto, quedo disminuido en la tragedia!
—casi sollozó Egisto⁴⁸.

Pero cuando se marcan más claramente las enormes distancias entre la grandiosidad estética de la tragedia y la vida ordinaria a la que Orestes se traslada, es cuando éste llega, al cabo de los años, a la ciudad en que vivían Egisto y Clitemnestra y en una tienda de recuerdos encuentra una bola de nieve que representa la escena de la venganza:

...era una bola de nieve muy preparada, y dentro de ella un Orestes vestido de rojo, con una espada larga, atravesaba al rey Egisto, que aparecía coronado y con una capa blanca. A sus pies estaba ya caída Clitemnestra, vestida de azul. Aquilino movió la bola, y comenzó a nevar sobre el parricida y sus víctimas. Caía lentamente la nieve, llenaba la corona de Egisto y cubría el pelo rubio de Orestes, poniéndoselo tan blanco como ahora lo tenía.

—¡Es una escena preciosa!

Orestes no lograba mover la mirada de aquella escena, que debía haber sido la gran hora de su vida, esperada por todas las gentes, por los propios dioses inmortales. Permanecieron largo rato en silencio él y Aquilino, y el cerero de vez en cuando volvía a hacer mover la bola. [...] salió al campo. Se había levantado viento, las nubes cubrían el cielo y comenzaba a nevar. Caían copos finos como en la bola de nieve del cerero. Gruesas lágrimas caían por el rostro del príncipe. Nunca, nunca podría vivir en su ciudad natal. Para siempre era una sombra perdida por los caminos. Nevaba⁴⁹.

Pero existe además, como más arriba señalábamos, otro elemento fundamental en la novela de Álvaro Cunqueiro: la tesis cunqueirana de la inutilidad de la venganza. Debajo de esta expresión que el propio Cunqueiro utiliza en sus declaraciones sobre el sentido de la novela, hay varios elementos temáticos.

En primer lugar está presente la referencia a la inutilidad de una venganza cuando la propia vida se encarga de vengar, con la degradación biológica y con la muerte, los males realizados por el hombre. Esto se observa de una manera muy nítida en algunas historias que se cuentan. Veamos un ejemplo:

Yo conocí a uno que quería matar a su padrastro, y el padrastro le mandaba melones cuando atracábamos en el puerto de la villa en que vivía. Era un marino de mi nave. Y empeñado en que su padrastro le estaba comiendo una viña y una pareja de bueyes, amén de acostarse con su madre, y esto a nadie le gusta que lo haga un forastero. Yo le pedía que no lo matase, que sería un descrédito para la nave, y le aseguraba que, cuando menos lo pensase, el padrastro moriría de desgracia. Y así fue. Vino el padrastro con tres melones, resbaló en la escalerilla, se

⁴⁸ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 102.

⁴⁹ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 227.

dio un golpe contra un ancla de repuesto que estaba en el muelle, y quedó en el sitio. Mientras comíamos los melones, yo le decía que aquello estaba previsto⁵⁰.

Con independencia de esto, también en la novela se nos muestra cómo el regicida Egisto, a pesar de no llegar a ser objeto de venganza oréstica, siente temor ante la posibilidad de que ésta pueda cumplirse en cualquier momento. Esto le hace llevar una vida atormentada, peor aún que la propia muerte.

En segundo lugar, parece claro que en Álvaro Cunqueiro opera también la tesis de la ilicitud moral de la venganza. Por lo pronto, uno de los personajes, dialogando con Orestes (que pretende matar a Egisto y a Clitemnestra, su madre), se pronuncia con esta contundente firmeza: “¿Y quién es uno para matar a su madre?”⁵¹

En relación con esta tesis es muy posible que exista en Cunqueiro un decisivo influjo de Shakespeare. Ya hemos apuntado cómo existe un cierto paralelo entre esta obra de Cunqueiro y el *Hamlet* de Shakespeare. Ambos son personajes que han de ejecutar una venganza, por idénticos motivos, y en ambos acontece que, sin desechar totalmente el consumarla, lo demoran indefinidamente.

En el caso de Hamlet, la no ejecución está marcada por claros escrúpulos de tipo moral. Arde en deseos de venganza, pero no puede obrar movido exclusivamente por la pasión que parece dominarle. Él es un ser racional, un ser pensante, filósofo e intelectual. Puede decirse que la personalidad de Hamlet es la de dos “yo” en lucha: el “yo” racional (la razón) y el “yo” pasional (el deseo de venganza). Ambas vertientes se contrarrestan, de tal modo que ninguna se sobrepone a la otra y el personaje se debate y vacila. En el acto III, escena segunda, se encuentra un pasaje en el que Hamlet expresa con claridad lo que pretende y, en definitiva, no logra:

[...] and blest are those
Whose blood and iudgement are so well comedled,
That they are not a pype for Fortunes finger
To sound what stop she please: give me that man
That is not passions slave, and I will weare him
In my harts core, I, in my hart of hart,
As I doe thee [...] ⁵².

El propósito de Hamlet parece claro: hacer compatibles la razón y la pasión, es decir, llevar adelante su plan de venganza y mantenerse, al propio tiempo, dentro de las prescripciones de su escrupulosa conciencia moral. Pero los hechos demostrarán que este proyecto no resulta viable y el contrapeso de los dos “yo” le lleva a la irresolución. Hamlet afirma que *la conciencia nos hace cobardes*, nos introduce en una ilimitada deliberación a la que no se puede poner fin. Sólo los nuevos crímenes en que es sorprendido el rey forzarán en Hamlet una acción que ya, más que venganza, es justicia. De no ser así, la venganza de Hamlet probablemente no se habría ejecutado.

⁵⁰ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 144-145.

⁵¹ A. Cunqueiro, (*Un hombre...*), *op. cit.*, 145.

⁵² William Shakespeare, *Hamlet*, Madrid, Alhambra, Clásicos de la lengua inglesa, ed., introducción y notas de Teresa Fanego, 1982, 130-132.

Esto último es lo que acontece con el Orestes de Cunqueiro: sus indecisiones, demoras, eternas consultas e interminables viajes retrasando su llegada a la ciudad de Egisto hacen que cuando llega a cumplirla ésta ya no tenga fuerza y haya perdido su objeto. Egisto y Clitemnestra son ya dos decrepitos ancianos, al borde mismo de la muerte. Puede decirse así que, en Cunqueiro, al mito de Orestes se superpone el mito de Hamlet: una mera venganza no puede justificar tal comportamiento moral. Por algo Cunqueiro menciona, al llevar a cabo su versión, *O incerto señor don Hamlet*, que el protagonista mata pero no a causa de una venganza sino a causa de un amor edípico que sí es radicalmente mortal. En este caso el mito de Edipo se superpone al mito de Orestes, con lo cual parece claro que lo que Cunqueiro rehúsa es la realización de una venganza oréstica, incluso admitiendo y estimando la grandiosidad estética y dramática de la tragedia clásica.

III. APROXIMACIÓN AL CERVANTES ERASMISTA: EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN Y SU INFLUJO EN CUNQUEIRO

Horacio, hombre asentado en la moderación de la *mediocritas*, hace de su estilo vital una forma perdurable del pensamiento. La prueba la proporcionan las innumerables influencias que su conciliación estoico-epicúrea de la vida ha generado. Cervantes, por su parte, parece querer reencarnar al propio Horacio y su ideal existencial en la figura del *Caballero del verde gabán*, personaje entrañable con quien coincide el *ingenioso hidalgo* don Quijote. He aquí el pasaje y la descripción que de él se nos ofrece:

Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuese servido. Soy más que medianamente rico y mi nombre, don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgo, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuales en romance y cuales en latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías no han entrado aún por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con los vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro señor⁵³.

El caballero se nos presenta como formando parte de un estado social y económico, lejos por igual de los extremos de la opulencia y de la menesterosidad; un sec-

⁵³ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, II, 16, ed. del Instituto Cervantes, Barcelona, Crítica, 1998, 754-755.

tor social, al propio tiempo, intelectual, sin extremar su erudición, virtuoso, sin tampoco grandes ascetismos y devoto, sin beatería; capaz de saborear los placeres de la lectura (sin derivar nunca al extremismo de la exaltación imaginativa), amante de la amistad, de su hogar, de la familia e incluso de la naturaleza y de un ejercicio noble, a través de una sana y moderada práctica de la pesca y de la caza (*perdigón manso* que no *galgo*); bien asentado, por otra parte, en las ordenadas costumbres de la pacífica y cordial convivencia: sin murmuraciones, sin envidias, sin hipocresías ni vanaglorias, respetando vidas y famas, compartiendo con los pobres e intentando restaurar la paz allí donde se necesite: paz erasmista, honda y universal.

Nada tiene de extraño que, a la vista de este edificante panorama, Sancho se apece y corra a besarle los pies: "Me parece vuesa merced el primer santo a la jineta que he visto en los días de mi vida"⁵⁴.

Y no se olvide, a este propósito, que la pretensión de que haya muchos *santos a la jineta* es una de las grandes preocupaciones erasmistas, bien convencidos todos de que la corrupción hace estragos en el clero y en la jerarquía eclesiástica, y de que, en definitiva, *monacatus non est pietas*.

No menos erasmiana es la respuesta que el del verde gabán le da a Sancho, apreciando en el escudero la sencillez y transparencia del que vive de espaldas a la artificiosidad y a las hipocresías de la vida cortesana: "Vos, sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo demuestra"⁵⁵.

El Caballero del Verde Gabán, por su parte, como hidalgo campesino, vive honradamente retirado en la paz y en la tranquilidad del campo, lejos tanto de las ambiciones cortesanas como de los temores y celos de la plebe. Se guía conforme al cadencioso compás de la rueda de las estaciones, de las siembras y de las cosechas, pero en esa autárquica suficiencia campesina de quien posee bienes y puede disfrutar del moderado disfrute de la mesa limpia, aseada y nada escasa, tal como sólo un acomodado hidalgo rural puede lograr.

Conforma, por tanto, un prototipo del ideal de vida horaciano, conjugando el estoico rechazo de los bienes superfluos con la epicúrea satisfacción del aprovechamiento de lo que él considera suficiente, que sabe moderarse, compartir y disfrutar de la tranquilidad, de la familia, de sus amigos y del campo.

La devoción de Cunqueiro por este singular hidalgo rural, por sus apreciaciones y por sus actitudes vitales, hace que, incluso, se ponga en su lugar y lo adopte como *persona*, en el sentido de que se identifica tanto con él que firma con el nombre del Caballero del Verde Gabán un precioso discurso sobre el arte de la cocina, introducción de un libro hecho en colaboración con Castroviejo.

Sin duda ninguna, la presencia del hidalgo resulta más significativa en la enumeración de los elementos más importantes de la ideología de Cunqueiro, sintetizada en *El Pasajero en Galicia*:

⁵⁴ M. de Cervantes, *op. cit.*, 755.

⁵⁵ M. de Cervantes, *op. cit.*, 755.

Desde la solana, perdido en el horizonte entre las nubes de la tarde, se ve el Faro de Chantada con su noble y levantada cabeza, y se escucha la serena voz del río. Un pescador de caña cruza junto a los manzanos, y una yegua con su cría pace cerca de la orilla; vuelan palomas y un rapacete rubio con una boina que apenas le cubre el curuto y altos zuecos, apura por el camino un pequeño rebaño de ovejas, en el que ya balan corderillos lechales.

—Predíquele usted a las ovejas —me dice el huésped, que acostumbra a leerme y conoce mis debilidades.

—Predíquemosle al hombre —le digo yo— la última geórgica.

Hay en Virgilio la suficiente soledad y melancolía bastante para comenzar con uno de sus versos. Y enseguida Rousseau. En este sermón hay que huir de esa ideología llamada *le retour à la terre*. Todo hombre intenta abandonar su soledad, pero no quiere desprenderse de la memoria de ella. El hombre ha de sosegar ante todo sus soledades. A continuación citaría al Caballero del Verde Gabán, y hasta *el parva propria, magna*, y ya sin más pasaría a contar la siembra y la cosecha y la rueda de las cuatro estaciones. La idea del paraíso en la tierra, como la idea de la angustia del tiempo presente, son ideas románticas. La romántica existencialista es una triste y vacía cosa. Terminaría mi sermón haciendo el elogio de este pan moreno, de este queso, de esta miel, de esta cuchara de boj y de este vino ligero y ácido, ¿Mi tesis? Que el hombre vive; no definiendo otra. Hacer comprender al hombre que vive, que la vida humana existe⁵⁶.

El desarrollo de todo lo que va implícito en el guión que Cunqueiro nos ofrece en su *sermón* sería largo y nos llevaría a mucha distancia de lo que ahora mismo es nuestro propósito. Pero interesa destacar que la referencia al Caballero del Verde Gabán resulta elemento central dentro de una alocución que, comenzando por llamarse *La Última Geórgica*, está encabezada, precisamente, por un verso de Virgilio y que termina haciendo un elogio “de este pan moreno, de este queso, de esta miel, de esta cuchara de boj y de este vino ligero y ácido”. Todo esto sería, además, la arquitectura de un proceso demostrativo que pondría en pie y sobre firme la tesis cunqueirana, tan constantemente repetida, de que “el hombre vive, que la vida humana existe”.

Veamos un fragmento del epodo II horaciano:

Beatus ille, qui procul negotiis,
 ut prisca gens mortalium,
 paterna rura bubus exercet suis,
 solutus omni faenore,
 neque excitatur classico miles truci,
 [...]
 ergo aut adulta vitium propagine
 altas maritat populos,
 aut in reducta valle mugientium
 prospectat errantis greges,
 inutilisque falce ramos amputans
 feliciores inserit,

⁵⁶

A. Cunqueiro, *El pasajero en Galicia*, Barcelona, Tusquets, 1989, 275.

aut pressa puris mella condit amphoris,
aut tondet infirmas ovis (1-16)⁵⁷.

La rotunda afirmación de la vida resulta posible, precisamente, por existir todos esos *parva* que, tanto desde el punto de vista horaciano como virgiliano, cunqueirano y cervantista, se convierten en *magna* gracias a la superación ascético-estoica de las grandes pasiones: hacen real, sugestiva y compensatoria la vida humana. Desde esta perspectiva cobra profunda significación la figura cervantina del Caballero del Verde Gabán.

Los conocidos estudios de Marcel Bataillon sobre la presencia de Erasmo en *El Quijote*⁵⁸ contribuyeron de forma decisiva a poner de relieve el carácter típicamente erasmista de la figura, vida y costumbres del Caballero del Verde Gabán, que resultaría una prototípica personalización de la *aurea mediocritas* horaciana.

Desde una atarácica perspectiva, epicúrea y, por supuesto, no menos estoica, lo que estamos pretendiendo consignar lo expresa a la perfección Fray Luis de León en una de las *Odas a Felipe Ruiz*:

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
a si sólo lo pide,
y mira como ajeno
aquello que no está dentro, en su seno⁵⁹.

Pero lo referente a la sugestiva figura del Caballero del Verde Gabán y su presencia en Cunqueiro no quedaría completo sin tener en cuenta la representación que de él hace nuestro autor con ocasión del *Discurso preliminar; Laude Diana, escolios a Baco y Epístola a los cocineros y cocineras, por El Caballero del Verde Gabán*. Con él, realiza Cunqueiro una introducción de gran belleza literaria y hondo sentido conceptual a su tratado de *La buena cocina*, formando parte del libro escrito a medias con Castroviejo, al que ya antes nos hemos referido.

Cunqueiro entra en la *persona* del hidalgo campesino, quien, en la ocasión, ora de manera sonora y profunda para ofrecer a sus amigos una comida de cazador. El pasaje tiene un aire teatral, acentuado por las acotaciones de acción que, cada poco, se van introduciendo y que tanto contribuyen a darle al texto la inconfundible ambientación que postula la índole del caballero orador. Por ejemplo: "Estaba el Caballero del Verde Gabán dándole bolitas de salvia con miel a su hurón atrevido por mejorarle el catarro..."⁶⁰

⁵⁷ "Feliz aquel que, sin negocio alguno, / como los hombres de antaño / los campos paternos con su yunta labra / libre de usura, al que nunca / despierta en las filas clarín truculento, / quien no teme al mar airado / y el foro rehuye y umbrales soberbios / de los ciudadanos ricos, / mas los álamos con crecidos vástagos / de la vid casa o contempla / en el valle oculto las errantes greyes / mugidoras o los brotes / secos con podón monda a los que injertos / suplanten o en limpias ánforas / guarda la exprimida miel o las ovejas / dóciles esquila..."

⁵⁸ Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 792-794.

⁵⁹ Fray Luis de León, *Poesía*, ed. de J. F. Alcina, Madrid, Cátedra, 1992, oda XII, vv. 21-25.

⁶⁰ A. Cunqueiro, *Viaje por los montes y chimeneas de Galicia*, Barcelona, Tusquets, 1989, 175.

Este *hurón atrevido* es justamente el que así se nombra en *El Quijote* cuando se habla de la moderada dedicación cazadora del hidalgo.

Cabría extenderse mucho más. Lo apuntado puede ser suficiente para captar cómo a través del Cervantes erasmista recibe Álvaro Cunqueiro la conciliación estoico-epicúrea de Horacio.

V. CONCLUSIÓN

La idea central de este trabajo ha sido demostrar la perfecta conciliación de estoicismo y epicureísmo en la obra de Horacio y su influencia posterior. Ambas corrientes, en efecto, lejos de la distorsión a que fueron posteriormente sometidas, eran perfectamente compatibles e, incluso, complementarias: el que desea poco (estoicismo) puede dar constante satisfacción a lo que posee (epicureísmo).

La adopción de una actitud de censura moral, frente a la situación hostil de guerras civiles por la que atravesaba Roma, condujo a Horacio a propugnar la necesidad de alejarse y mantener una postura que podemos definir como *antiquismo* o vuelta a la *Edad de Oro* (que él encuentra en sus campos de Sabina). Es ésta precisamente la actitud vital que plasma Fray Antonio de Guevara en *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea* y en numerosos pasajes del *Relox de Príncipes* y la que Cervantes encarna en el *Caballero del Verde Gabán*.

Fray Antonio de Guevara y Cervantes fueron, con toda probabilidad, los cauces de entrada de estas apreciaciones en el escritor gallego Álvaro Cunqueiro que, como hemos visto, reiteradamente expresa su deseo existencial de instalarse en su Mondoñedo natal. Así, junta y armoniza la renuncia ascética a las grandes ambiciones y la entrañable carga hedónica de los pequeños placeres de la vida ordinaria.